Latin American and Caribbean Law and Economics Association

From the SelectedWorks of Fernando Villaseñor Rodríguez

January 2008

El prejuicio conflictual en el "choque de civilizaciones"

Contact Author

Start Your Own SelectedWorks

Notify Me of New Work

Available at: http://works.bepress.com/fernando_villasenor_rodriguez/18

Fernando Villaseñor Rodríguez

El prejuicio conflictual en el choque de civilizaciones

El analizar una obra tan polémica como "El choque de civilizaciones", siempre presenta la dificultad de sortear, en sus elogios o críticas, al lugar común. De acuerdo con lo anterior, nosotros intentaremos abordar el libro del Profesor Samuel P. Huntington a partir una crítica de su discurso argumentativo, el cual adolece, intencionadamente, de un prejuicio conflictual.

Así entonces, según nuestra hipótesis central, la intención medular del autor es establecer un paradigma para el análisis de las relaciones internacionales caracterizado por una visión problemática, irreconciliable, y sobre todo, de permanente conflicto. Esta intención se hace patente en el postulado principal conforme al cual: "La fuente principal de conflicto en este mundo nuevo no va a ser primariamente ideológica ni económica. Las grandes divisiones del género humano y la fuente predominante de conflicto van a estar fundamentadas en la diversidad de las culturas"[1]. Esta hipótesis, publicada en su artículo de 1993 para la revista Foreign Affairs se transformó, en el libro en cuestión, en una afirmación categórica.

Pero, ¿cuáles son los argumentos de defensa para esta idea? En realidad, aunque se intentan estructurar distintas justificaciones, nunca hay una base sólida sobre la cual se fundamente este supuesto antagonismo. Huntington construye su discurso a partir de la contraposición a ultranza, del concepto de "Nosotros contra el Otro". Conforme con ello: "En el plano universal, la división dominante es entre "Occidente y el resto del mundo", y

[1] Huntington, Samuel P., *¿Choque de civilizaciones?*, Editorial Tecnos, España, 2006. p. 15.

los conflictos más intensos tienen lugar entre sociedades musulmanas y asiáticas, por una parte, y Occidente, por otra"[2]. Esta afirmación implica, en términos del Profesor Edward Said, una "geografía imaginada"[3], es decir, una construcción social con contenidos apriorísticos.

Occidente, en este sentido, se define únicamente a través del contraste con lo "no-occidental", reduciendo así al "resto del mundo". Lo anterior resulta por demás falaz. Aceptar esta afirmación sería dar por sentada una división clara e impermeable entre civilizaciones, lo cual, evidentemente, no es posible. Las civilizaciones no son entelequias inmutables, sino realidades vivientes y cambiantes.

Más aún, la utilización de esta construcción no es fortuita, sino por el contrario, resulta fundamental para generar el prejuicio conflictual. Dicho en otras palabras, el problema radica en el uso malintencionado de las definiciones. Aunque lo controversial en la obra de Huntington es su hipótesis central, lo verdaderamente cuestionable está en sus herramientas conceptuales.

Conforme con lo anterior, la construcción de conceptos absolutos es la estrategia discursiva predominante. Ello resulta útil, principalmente por dos razones: A través de estos conceptos perdemos de vista los prejuicios de análisis y nos concentramos únicamente en las afirmaciones del autor. Esto, sería tanto como criticar el arbitraje de un partido de fútbol sin conocer, o preguntarnos siquiera, las reglas del juego.

En segundo lugar, el construir herramientas conceptuales "a la medida", facilita enormemente la contraposición de conceptos sin necesidad de contextualizar o distinguir

---

[2] Huntington, Samuel P., *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, Ediciones Paidós, México, 2005. p. 243.
[3] Said, Edward, *Orientalismo*, Madrid, Editorial Debate, 2002. Por cierto, inspirado también en la obra de Bennedict Anderson sobre *comunidades imaginadas*.

sus particularidades o excepciones. En este sentido, queda implícita la noción según la cual la esencia de una civilización es ser distinta y excluyente de cualquier otra. Es precisamente en esa diferencia donde se sostiene todo el prejuicio conflictual.

Huntington enuncia esta diferencia en la afirmación siguiente: "Las civilizaciones son el "nosotros" más grande dentro del que nos sentimos culturalmente en casa, en cuanto distintos de todos los demás "ellos" ajenos y externos a nosotros"[4]. El dar tanta importancia al contraste de las diferencias entre civilizaciones implica eludir la intención de acercarse a ellas y, más importante aún, tratar de entenderlas. Si a esto le aunamos los conceptos absolutos construidos de manera artificial, vemos cómo el análisis propuesto es superficial y escapista. Superficial, por analizar únicamente las variables más convenientes (como la religión y la política armamentista) para efectos de contraste. Escapista, por eludir un estudio integral del "Otro", prefiriendo trabajar con construcciones artificiales en vez de ampliar el marco referencial.

En este tenor, otras construcciones falaces utilizadas por el autor son las de atemporalidad e inmutabilidad. En el texto no se dimensiona correctamente la temporalidad dentro de una civilización. Aunque se reconocen los cambios en las condiciones del exterior por el paso del tiempo, la esencia de las civilizaciones se concibe como algo permanente; "las civilizaciones son mortales", nos dice el autor, "pero también muy longevas. Su esencia única y particular es su larga continuidad histórica (...) Las civilizaciones permanecen y sobreviven a convulsiones políticas, sociales, económicas e incluso ideológicas (...) Prácticamente todas las grandes civilizaciones del mundo en el

[4] Huntington, *Op. Cit*. p. 51.

siglo XX, o han existido durante un milenio o, como ocurre con la Latinoamericana, son el vástago directo de otra civilización longeva”[5].

La inmutabilidad por su parte, implica la imposibilidad de mezclas y transgresiones en la esencia de las civilizaciones. No existe la posibilidad de diálogo entre culturas. Toda recepción de ideas externas a una civilización es, o una imposición, o una importación pragmática e inocua, la cual deja a la esencia de la civilización sin cambios significativos.

Empero, no existe ninguna civilización permanente, ni tampoco alguna verdaderamente insular (ni siquiera el caso de Japón como él lo propone). La civilización euroamericana, con su esquema colonialista-imperialista, no corresponde actualmente con aquella otra de la globalización, y lo mismo se puede decir de aquella otra musulmana y asiática. Asimismo, la literatura, filosofía y arte son claros ejemplos de transgresiones a los límites culturales entre civilizaciones

Así, ante el problema de la complejidad, Huntington parece adoptar una postura de rechazo. Parte de civilizaciones homogéneas donde la opinión de los gobernantes, o de un grupo particular, es aquella de todo el pueblo. No existen ni contraculturas, ni resistencias; tampoco puede haber coexistencia armoniosa entre culturas distintas; no hay posibilidad para el Otro dentro del Nosotros.

Pero todavía más, en caso de existir interacción entre civilizaciones, ésta inevitablemente lleva al conflicto y nunca a la posibilidad de acercamiento con el Otro. Así por ejemplo, al analizar las relaciones entre las “sociedades asiáticas” y los Estados Unidos, el autor argumenta: “Una mayor interacción (...) en forma de más comunicaciones, comercio, inversión y conocimiento mutuo multiplicó las cuestiones y temas en que los intereses podían chocar y de hecho chocaban. Esta mayor interacción convirtió en

[5] *Op. Cit.* p. 51-52.

amenazantes para cada sociedad las prácticas y creencias de la otra, que a distancia habían parecido de un exotismo inocuo”[6]. Aunque esta afirmación está redactada como si fuese clara y evidente, no es uno ni lo otro.

¿De dónde se desprende el conflicto generado por el mayor conocimiento mutuo? ¿Cómo aumenta la sensación de amenaza cuando se conoce mejor al Otro? Huntington no resuelve estas interrogantes.

Ante esta silencio por parte del autor nos preguntamos ¿Sirve de algo focalizar únicamente las diferencias y desdeñar los paralelismos? ¿Por qué, como critica Edward Said, construir un discurso con “un vocabulario repleto de gigantismo y Apocalipsis, el cual no sirve para edificar sino únicamente para inflamar la pasión e indignación del lector como un miembro de “Occidente”[7]?

La respuesta a ambas preguntas se encuentra en nuestra hipótesis central; el prejuicio conflictual no es casual, sino, como pudimos demostrar, intencional y premeditado. No obstante, más allá de la motivación personal del autor sobre la cual se podría especular mucho[8], lo importante es estar conciente de la posibilidad de una alternativa dialogal, coexistente con aquella de choque propuesta por Huntington. Las civilizaciones, en este sentido, pueden chocar, pero aprendemos más de ellas cuando reconceptuamos el choque como un acercamiento, el cual, no sólo nos permite conocer mejor al Otro sino también, a Nosotros mismos.

---

[6] *Op. Cit*, p. 301-302. Énfasis nuestro.
[7] Said, Edward, W. *The Clash of Ignorance*, en The Nation, 22 de octubre de 2001. Consultado en: http://www.thenation.com/doc/20011022/said
[8] Ya sea desde la perspectiva de su función como ideólogo del Pentágono o de la utilización de su discurso para legitimar ideas como el “peligro islámico” y la “amenaza asiática” por parte de E.U

Bibliografía:

- Huntington, Samuel P., ¿Choque de civilizaciones?, Editorial Tecnos, España, 2006.
- Huntington, Samuel P., El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial, Ediciones Paidós, México, 2005.
- Said, Edward, W. The Clash of Ignorance, en The Nation, 22 de octubre de 2001. Consultado en: http://www.thenation.com/doc/20011022/said
- Said, Edward, Orientalismo, Madrid, Editorial Debate, 2002.